

\*  
\* \*

Los estudios verificados sobre el cadáver son muy numerosos y han proporcionado muchas luces de las que se ha aprovechado la ciencia; pero repito: estos no son suficientes para dar un conocimiento exacto del sér que se llama hombre.

Aunque de preferencia nuestro estudio se ocupa de la vida, no por ésto desprecia los indicios que para nuestro propósito puede proporcionarnos el cadáver, pues el cuerpo nos permite estudiar todo el mecanismo de esa complicadísima máquina, que constituye la parte material y perecedera del sér humano.

Todo el complicado funcionamiento de la vida nos la explica el cadáver; y como todas las ramificaciones nerviosas parten del cerebro, no es extraño que en este órgano se haya tratado de encontrar el asiento de la vida.

Los sentidos todos se encuentran en ese foco. Unos para llevar por medio del nervio óptico, la visión, otros para la audición, otros para el gusto, tacto y olfato.

Hagamos sobre los sentidos algunas observaciones.

Sabido es que el hombre puede carecer de uno ó de varios de ellos, dependiendo esto de algún defecto ó lesión en el nervio conductor, como sucede con el sentido de la vista y otros, que se puede tener el órgano exterior, y sin embargo estar privado de ellos.

Puede también ocurrir—como se experimenta en el sentido del tacto—tener algún miembro amputado y sentirlo como si existiera.

Esto consiste en que algunas veces el órgano es el defectuoso, y en otras lo es el medio conductor.

Considerando al hombre como un sér en el que no obra más que la materia y la única fuerza que se dice le es inherente, resultaría que la vida no es otra cosa que el regular funcionamiento de su misma máquina.

De modo, que los órganos conservados ó recompuestos podrían producir la conservación de la vida indefinidamente, pero no es esto posible, porque viene el agotamiento, así como puede procurarse abastecer al cuerpo de los elementos que le hacen falta, y la vida resistirse á asimilárselos.

¿Cuál es la explicación de esta contrariedad?—Tratemos de resolverla.

Esta se presenta en la naturaleza con un carácter que si bien es confusa en su tránsito, es bastante marcada en las especies superiores de los tres reinos, mineral, vegetal y animal.

La naturaleza presenta una escala no interrumpida desde el primero al último reino, y sin embargo, en el resultado se encuentra que en el modo de ser de cada uno es tan distinto, que á la simple vista se nota la diferencia.

La Química, habiendo llegado á disponer de ese método sorprendente llamado “análisis y síntesis,” parece ser un apoyo inquebrantable para sostener la suposición de que en el universo no existe más que la materia.

En efecto: la Química presenta un número de sustancias que llama elementales, y con ellas forma todos los compuestos de la naturaleza.

Sabido es que en sus tres reinos se encuentran los mismos elementos, no obstante el distinto modo de manifestación ó de vida que afecta cada uno de ellos. Apesar de esto, un gran obstáculo ha encontrado esa ciencia poderosa y es, el de convertir los elementos unos en otros.

Dénsele éstos y formará la combinación de todas las sus-

tancias y cuerpos llamados compuestos: su éxito es asombroso en todo lo que se llama química inorgánica; pero empieza á serlo ménos en la denominada orgánica, y toca lo imposible en la vida animal.

Es una verdad que siempre que se unen dos ó más simples se produce un compuesto,—lo que se efectúa con desprendimiento ó absorción de calor,—y también lo es que en el laboratorio puede el químico formar todos los de la naturaleza, aun aquellos en los que se encuentran seres organizados; pero su poder es nulo desde el momento que en vez de sustancias se le pida la formación de órganos.

Podrá, tal vez, valiéndose de mecanismos complicados, producir la forma de órganos muertos, á lo que yo pregunto: ¿Cuál es el motivo de esta dificultad?

Siendo la materia la única existente y teniendo ésta su fuerza inherente, nada más lógico que producir en el laboratorio resultados idénticos á los que produce la naturaleza, siempre que se procuren en circunstancias favorables.

La dificultad está nó en que dejen de conocer los componentes de los cuerpos orgánicos; sino que al efectuarse el análisis se escapa un principio, esto es, la vida.

Se me dirá que si esto no lo ha conseguido la ciencia, porque todavía se encuentra un poco atrasada, sus adelantos son rápidos y lo conseguirá; pero todo esto ¿qué significa? Sólo afirmaciones á priori que nada tienen de científicas.

Ya hemos visto que las afirmaciones materiales se fundan en que el cadáver tiene todas las partes visibles que constituyen el hombre; y como éste no les muestra bajo el escalpelo ni el espíritu ni su vestigio, lo más cómodo es suponer que este no existe.

¿Qué ha perdido el cadáver?—Solamente el calor que es

el producto de la combustión del oxígeno, que los pulmones proporcionan á la sangre.

Ademas, el funcionamiento de la vida que ha desaparecido del sér, que bajo forma de cadáver se estudia, manifiesta el órgano que por su desarreglo ocasionó la muerte.

¿Qué falta, pues, á un cuadro tan completo para no poder negar la existencia del sér espiritual?—Nada: pero, ¿y el estudio de la vida? Este y no otro, es el que nos sacará de la dificultad.

\*  
\* \*

La vida, ante la ciencia, es una fuerza misteriosa sólo conocida por sus efectos.

¿Podemos sentar afirmaciones sobre su esencia y origen?—Si tomamos ejemplo de los partidarios de la escuela positivista podemos hacerlo, puesto que sostienen que en la naturaleza no existe mas que materia con su fuerza inherente; pero como disentimos de semejante apreciación, veamos si podemos explicarnos la relación que esta fuerza tiene con la materia.

Para todo aquel que tiene algún conocimiento de historia natural, es bien conocido el distinto modo de manifestación que tiene la fuerza obrando sobre la materia inorgánica; de la que se efectúa sobre la orgánica, principalmente en los seres animales.

Se ha dado como cierta la afirmación de que la fuerza es inseparable de la materia, y de ahí, precisamente, parte la creencia de que le es inherente.

Los fenómenos físicos que produce el espíritu obrando sobre seres materiales que no son su instrumento propio—porque en tal caso nada tendrían de notables—están al alcance de todo experimentador.

Solo debe tener presente el que intente dedicarse á esta clase de experimentos, que toda comprobación de carácter científico no se consigue de primer intento.

Sobre todo, no debe olvidarse que aún en las experiencias ménos delicadas de la ciencia, si se quiere tener éxito se ha de proceder con seriedad y obrar con cierto método.

Valiéndose de estos medios, que son los que emplea la ciencia para el logro de las verdades científicas, se llega al conocimiento de una fuerza que no es inherente á la materia, y que obra con libertad sobre la misma.

Esto equivale á probar científicamente la existencia del espíritu, pues lo he dicho ya: "Todo hecho observado y comprobado por los hombres merece el título de científico y alcanza el rango de verdad, pese á quien pesare."

La vida tiene multitud de manifestaciones; pero éstas son mucho mayores en el hombre que en los animales. Esto depende de que en el animal obran principalmente dos fuerzas: la de cohesión y afinidad, y en el hombre se encuentra la espiritual.

Poco tendré que hacer con las primeras que no deja de estudiarlas la ciencia, aunque de preferencia se dedica á la primera; pero sí hay que hacer varias observaciones sobre la tercera, pues á ella debo el conocimiento de mi estado actual, que es el de espíritu.

\* \* \*

Hace poco tiempo que dejé la vida terrestre y tengo muy presentes sus distintas fases, entre las que domina aquella en que me dije un día: Mi inteligencia es el juez soberano de mi sér, y éste se basta á sí mismo. Por lo tanto, no hay más verdad que aquella que pueda abarcar en mi mente.

Desde entónces quedé convertido en un sér esencialmente positivista.

Para mí la vida era el tránsito de mi personalidad sobre la tierra: después, la nada.

Tenía, sin embargo, un amor, que lo compartí entre la ciencia y el arte.

La ciencia me encadenaba y me hacía desear un más allá aunque sólo fuera el de la celebridad.

Perdí la vida orgánica y os es bien conocido lo lamentable de mi estado, en los primeros períodos de mi vida espiritual.

La intensidad de mi sufrimiento me hizo invocar el auxilio de un Dios que, durante mi tránsito por la tierra, sólo consideré como abstracción filosófica.

No conocía el estado que guardaba, y sin embargo, sentía una sed de verdad que me impulsaba al estudio de mi modo de ser, aunque la verdad que de tal estudio resultare me dijera que este era el de la locura.

Analicé y comparé y la luz empezó á sacarme de las nieblas de mi error.

Había tratado de combatir vuestras prácticas con el ridículo, ¡perdonadme! al fin veo que los rayos de una luz purísima desciende hasta vosotros. Trato de absorverla, y también siento su inspiración.

La doctrina de amor—que en sus rayos envuelve como ley única el progreso sin fin—es el crisol purísimo que, convertido en instrumento óptico por el deseo de verdad, es el motor del movimiento intelectual.

Veámos que interpretación doy á tan consoladora doctrina.

Existe de toda eternidad el foco del movimiento universal. Su fuerza es el amor, que comprende en sí, la actividad infinita.

La actividad es el movimiento, su negación la inercia. Donde se imprime un movimiento la inercia desaparece, y en su lugar queda la lucha. He aquí la creación: la lucha entre el sér y el no sér.

Expliquemos esta lucha según la comprendo.

El movimiento engendra el calor, el calor produce vibraciones y la vibración luz.

La inercia tiende á anular los efectos del movimiento, esto es, el calor. Este se debilita y por lo tanto se condensa, pues es sabido que la condensación es el enfriamiento, que es, á su vez, la oposición al calor.

De estos dos principios deduzco: que siendo la luz la manifestación del calor, la materia no es más que luz condensada.

He aquí un campo bastísimo abierto para la investigación de la ciencia, en lo futuro.

Mi pretensión no va más allá ni trato de dar á mis deducciones mas carácter que el de simple teoría, apoyado, sí, en observaciones científicas, que son las que le dan valer.

\* \* \*

Sabido es que los soles son el centro de atracción de los sistemas planetarios: es también conocido que estos astros giran en torno de un eje que arbitrariamente se les ha supuesto, y no se ignora que estas masas incandescentes son arrastradas con su corte de planetas, hácia centros desconocidos.

Tratemos de inspirarnos en lo que expone el autor de la primera parte de esta obra "La Ley de Amor," para tener la explicación del movimiento universal.

Según la explicación de dicho autor—refiriéndose á la

formación de un sistema planetario primitivo como lo es el nuestro, nos dice:

"La voluntad divina obrando sobre la inercia engendra el movimiento. Este movimiento desarrolla calor, el calor produce vibraciones y las vibraciones engendran la luz.

Pero como ya sabemos que todo sistema es atraído por un centro desconocido, éste á su vez debe serlo por otro cada vez mayor, hasta lo infinito, esto es, hasta Dios, centro principal del Universo, hácia donde es atraída toda la creación, por el foco ardentísimo de su amor.

La voluntad divina engendra el movimiento, y éste, en manifestaciones infinitas de velocidad variable, forma la materia: luego, la materia no es otra cosa que un resultado del movimiento, y Dios el autor de todo lo existente, por la acción de su voluntad.

El sol, concentrando hácia su centro la mayor parte del calor, desarrollado por su movimiento, repara en su mayor parte las pérdidas de fuerza, sufridas por la inmensa irradiación.

El resultado de esta hipótesis científica será: Que el sol encierra la mayor parte de su calor en su centro, quedando la parte más condensada—que es la relativamente enfriada—para formar la fotosfera.

Esta es la que irradia la luz en sus vibraciones más rápidas, así como el calor, en las que tienen menos intensidad.

La fotosfera solar, según se sabe por el análisis espectral, muestra que están contenidos en ella los primeros vestigios de materia, como es el hidrógeno y algunos metales en estado gaseoso. Esto se explica por su misma atracción.

De lo dicho se infiere: Que las partes más lejanas del centro son las únicas verdaderamente materiales, pues siendo los metales la materia más densa que conocemos, y en-

contrándose en la fotosfera, que es por decirlo así, la envoltura solar; claro es que en su centro no existe la materia que nosotros conocemos, sino el calor, producto del movimiento.

Después de lo expuesto nada tiene de extraño que el sol nos manifieste el hidrógeno como su materia dominante; pues es sabido que este gas es la materia más ligera que conocemos, y por lo tanto la más lejana del centro de atracción, viniendo á ser la que ocupa la superficie de la fotosfera.

El movimiento y la inercia tienden á anularse el uno al otro, y por esto sostienen una lucha gigantesca, lucha que durará mientras la fuerza productora del movimiento exista.

Puesto que existe esta fuerza, tiene que venir de sí misma; por lo tanto, debe ser de toda eternidad. Siendo de toda eternidad, y siendo también su oposición la inercia; ésta ha estado y estará en lucha, de toda y por toda la eternidad.

He aquí explicado por qué la Potencia Criadora cria, desde la infinidad de su sér.

La misma oposición de principios entre el sér y el no sér, nos explica la gravitación universal.

La fuerza activa representa la que se conoce con el nombre de centrípeta, que atrae hácia los focos de movimiento todos los cuerpos. La centrífuga, tiende á separarlos de este centro, llevándolos á la inercia.

Volvamos al estudio del sol. Sabemos que toda fuerza produce un movimiento tanto más rápido, cuanto el medio en que se ejerce es ménos denso, y que todo movimiento pierde fuerza en su propagación, al alejarse del centro productor.

Nos es sabido, también, que el movimiento desarrolla mayor cantidad de calor, en cuanto más resistencia encuentra al ejercerse. El primer movimiento, pues, para romper la inercia, tiene que ser poderoso. Por lo tanto, desarrolla un calor inmenso, calor que es arrastrado y concentrado por la fuerza centrípeta, al centro del movimiento cuando éste es rotatorio.

Una vez vencida la inercia, el movimiento se acelera, y aunque el calor desarrollado está produciéndose en relación con la resistencia que es menor, en cantidad no disminuye, porque lo que ha perdido en resistencia, lo ha ganado en velocidad.

Como este calor desarrollado es concentrado por la atracción, los soles reparan por este medio las pérdidas de calor, causadas por la radiación.

Sabemos que el calor volatiza toda materia, convirtiéndola al estado gaseoso, y que sólo por el enfriamiento recobra su densidad. Luego, es lógico suponer que en el foco de un calor ardentísimo no existe la materia, y que ésta sólo se manifiesta en las partes más apartadas de ese foco.

Esto es lo que hemos supuesto en el sol, y parece estar apoyada nuestra suposición en la ciencia.

\*  
\* \*

Vamos, ahora, á reseñar de qué manera concebimos la formación ó condensación de la materia. Para esto nuestro estudio pasará del sol á una nebulosa.

¿Qué cosa es una nebulosa y cuáles son las causas que concurren á su formación?

—Pregunta es esta ante la cual enmudece la ciencia, apesar de ser ella la revelación divina manifestada por la naturaleza, y de comprender por el trabajo humano el método

experimental; el cual es la reproducción, en pequeña escala, de lo que la misma produce en colosales proporciones.

Preguntas que se dirijen á lo infinito, en investigación de sus secretos, sólo pueden ser contestadas por lo infinito.

Somos muy pequeños, sobre todo yo, que envanecido con la grandeza humana, creí que sus conquistas en el terreno del saber eran bastantes, para negar el más allá del hombre, y la existencia de ese Sér Criador y ordenador del Universo.

Pero una vez reconocido mi error, siento el deseo de luz, y un fuego desconocido empieza á apoderarse de mi sér. Este es el amor á mis hermanos; y como este es el imán único que une los eslabones de la cadena infinita, preciso es para que esta atracción nos ligue para siempre, el conocimiento de la verdad.

\* \*

Sigamos nuestro estudio:

“En el principio crió Dios el cielo y la tierra.” Esto no es más que dar forma á la palabra, para hacer conocer que todo lo existente viene de Dios; pues decir en el principio —cuando el Criador es la actividad infinita,—equivale á manifestar que, en la eternidad, Dios cria el espacio y la materia cósmica.

El espacio, es, porque Dios existe. La materia cósmica representa la extensión en que el universo se mueve. Y como sólo existe espacio desde el momento en que se conocen puntos de comparación para fijar medidas arbitrarias; por esto se dice que Dios crió el espacio y la materia cósmica, porque sin seres que comprendan las distancias y pueblen los mundos que lo llenan, sería como si no lo hubiera.

Los sistemas planetarios, en sus radiaciones de luz y de

calor que parecen perdidas en el espacio, derraman esa fuerza que podríamos decir está cansada de su actividad. Y esos viajeros, los cometas, la recogen en sus inmensas excursiones, en órbitas excéntricas. Son los condensadores de la luz, que es el movimiento derramado en el espacio.

Sus núcleos, como todos los astros, están animados de un movimiento rotatorio; y sus imponderables caudas indican su marcha seguida por la luz condensada, convertida en materia.

De modo, que estas estelas luminosas no suponen que dicha materia sea abandonada por ellas, antes bien la recogen en sus núcleos, por la rotación.

Estos viajeros,—arrastrados por los soles, de quienes son tributarios,—encuentran en su paso á otros, con quienes chocan, y se unifican.

Esta masa concentrada, queda entonces siendo tributaria de la fuerza más potente; pero su aumento en volúmen la lleva á correr órbitas mucho mas extensas y excéntricas.

Estas inmensas moles se convierten en centros absorventes de todas las masas pequeñas que se le aproximan. Su trayectoria es cada vez más larga, hasta llegar á ocupar una distancia inconmensurable, del centro de atracción.

La rotación de estas masas llega á adquirir una velocidad estupenda: es una vorágine que traga cuanto se le acerca.

Ha dejado de ser un cometa para constituir lo que se llama nebulosa gaseosa que, á su vez, no es más que el principio de un sistema planetario.

\* \*

Siendo la nebulosa de una tenuidad muy grande, no presenta la forma esférica de los planetas y tiene luz condensada de distintos sistemas planetarios.

La parte central gira con velocidad desigual de las partes que, aunque irregular, forma la perísfera. Esto ocasiona el roce de moléculas, que por la resistencia que oponen en grados muy diferentes, de lo que podemos llamar ecuador y polos de esta misma rotación, producen calor; pero éste no es igual.

Las distintas temperaturas traen desequilibrio. El ecuador de este rodar sin orden llega á tomar una fluidéz que las demás partes no tienen. El espacio recorrido por este fluido es inmenso.

El movimiento interior ó central es una fuerza centrípeta; pero habiendo adquirido aquella masa proporciones enormes en el ecuador, á costa de la depresión de los polos, llega un momento en que la fuerza centrípeta se anula, porque la centrífuga la quebranta. Más tarde la domina, y entonces se verifica un cataclismo.

Una separación de la parte más elevada de este incalculable ecuador, forma por un momento un anillo líquido; pero bien pronto éste se rompe y se convierte en menudos fragmentos, los cuales se unen como líquidos que son.

La disminución de aquella enorme masa hace que su atracción central sea más débil, por lo que éstos se separan de élla con velocidad tal, que casi recobran en todas sus partes el estado gaseoso.

He aquí un sistema de soles que son los unos cortesanos de los otros, según sus distintas masas.

Los más pequeños de éstos son los que primero se enfrían y van pasando á ser planetas.

\*  
\* \*

Los mundos, como todo lo que es criado, nacen y mueren. Este movimiento es continuo.

Hemos visto ya que la materia se forma por la condensación del movimiento y que éste es mayor en la materia más ligera—que es la ménos condensada—y es fácil probar que ésta en cuanto más enfriada se encuentra tiene más fuerza latente, que no es más que movimiento condensado.

El agua, que es la que tiene grande extensión en ese planeta, nos servirá para hacer comparación.

Antes nos hemos ocupado de mostrar que el agua es el compuesto de dos gases, el hidrógeno y el oxígeno. También se ha manifestado que si se mezclan dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno—que es su composición química—ésta no se produce hasta que la mezcla se inflama.

La razón de esto está, en que los gases que forman sus componentes tienen una densidad muchísimo menor que la combinación, que es el agua; pues esta no representa en volumen sino una cifra como de cinco milésimos de aquellos. Pero en cambio tiene el agua la fuerza latente que encierran los gases.

Sabido es que por la combinación del hidro-oxígeno, puede el hombre producir las más altas temperaturas. Pues bien: siendo el calor la manifestación del movimiento—que está condensado en la materia,—cuanto mayor sea el calor que esta materia produzca, tanto más movimiento encerrará en su condensación.

De lo expuesto se deduce: Primero: que los gases mencionados están en el menor grado de condensación entre la materia que conocemos. Segundo: que estos gases para pasar á mayor condensación tienen que perder gran parte de su fuerza latente que es el calor. Tercera: que para perder calor necesitan inflamarse, y que en esta operación pueden poner incandescentes varios cuerpos, emitiendo una luz vivísima.